

Hay sumas que restan

Nicolás Lynch

En la desesperación electoral hay quienes creen que uniendo fuerzas se pueden tener más votos. Craso error. Lo que la gente reclama en las actuales circunstancias no es ver a los políticos juntos o separados sino un mayor liderazgo, mejor si es con un mensaje claro de transformación radical de la triste realidad que vivimos.

Liderazgo, esa es la palabra que convoca, sino multitudes, por lo menos atención en las actuales circunstancias. La unidad de fuerzas supuestamente afines es un mito de otros tiempos que ya fracasó en la historia política del Perú. La debacle de Izquierda Unida por un lado y del Fredemo por otro son suficiente ejemplo al respecto. El fracaso de ambas experiencias frustró vastas audiencias ciudadanas pero también toda una generación de dirigentes, Alfonso Barrantes y Mario Vargas Llosa entre ellos, que naufragaron con el mito de la unidad.

Y ¿qué es liderazgo? Atreverse a competir con un mensaje claro y una personalidad fuerte brindando, por lo menos, una visión de lo que se quiere hacer con el país. Pasemos revista a los candidatos que, hasta ahora, destacan en la contienda. Los que han sorprendido Lourdes Flores y Ollanta Humala tienen algo de esto, más allá de otras debilidades que también podemos resaltar. Alan García y Valentín Paniagua, en cambio, que invirtieron tanto en el Frente social y el Frente de Centro, se encuentran estancados o francamente a la baja.

Por el lado de la izquierda la discusión parece no tener fin. Y esta tardanza en entrar de lleno a la lid electoral podría costarle aparecer en la foto la noche del 9 de abril. El mito de la unidad, poderoso como en algún momento fue con la derecha, engeguece a sus dirigentes que levantando un tema fuera de tiempo parecen más interesados en defender sus intereses personales que los del pueblo sobre el que proclaman preocuparse.

El gran pretexto en estas filas es la manida frase “el pueblo quiere la unidad”. Falso, el pueblo no quiere casi a ningún político y si los acepta es a regañadientes, como a mercaderes de los cuales tiene que comprar algo cada cierto número de años. Lo que el pueblo quiere, y lo reiteran años de encuestas, es un rumbo claro para el país y salidas concretas para sus angustias inmediatas. Este pueblo, tan burlado, apoyará a quien se esfuerce con transparencia por sacar las cosas adelante.

En esta perspectiva, gastar el tiempo en buscar unidades complejas y muchas veces antitéticas es perder y no ganar electores pero, lo que es peor, es también quitarle al país la posibilidad de perspectivas claras que puedan conducirlo en los próximos años.

Hay quienes señalan esta como una propuesta sectaria que niega la diversidad. Quienes así piensan confunden la competencia electoral con las posibles alianzas que pudieran darse conforme avance el proceso y vayamos de la primera a la segunda vuelta e incluso cuando producidos los resultados haya necesidad de formar gobierno. En base a propuestas claras será mucho más fácil entenderse que sobre mezcolanzas políticas que carecen de eje alguno.

Por supuesto que no se trata de levantar cualquier tipo de liderazgo. La tecnocumbia y los desfiles, tan caros a Lourdes y Ollanta, pueden dar imagen pero también ocultan el programa o la carencia del mismo en estos candidatos. Se trata de un liderazgo cuyo mensaje sea consistente, para empezar consistentemente democrático, sin agendas ocultas ni “compañeros de viaje” a los que se busca explotar mientras se pueda.

Que no sea necesario esperar a la noche de las elecciones para enterrar definitivamente el mito de la unidad. El país necesita elevar la calidad del proceso en curso y desde la izquierda democrática tenemos una responsabilidad en este sentido.